

perioridad del maestro, reconociéndome, por el contrario, el último por sus cualidades personales en la gloriosa serie de hombres ilustres que han dirigido este Colegio, al felicitarles cordialmente en esta noche, sólo les ruego que no olviden la enseñanza que contienen mis palabras. Su triunfo será completo si á los adelantos científicos que en este año han alcanzado añaden la modestia, la sumisión, la gratitud, y todas esas hermosas cualidades que tanto realzan al mérito del saber, si continúan con paso firme en la senda del honor, para llegar á ser con el tiempo, después de haber sido motivo de justa satisfacción para sus familias y de legítimo orgullo para nuestro Colegio, la gloria y el ornamento de la Patria. — Dije.



LA LITERATURA REALISTA.

Estudio leído en una de las sesiones de la Sociedad Sánchez Oropesa.

[Abril de 1883.]



AL reanudar, después de una interrupción prolongada seguramente mayor tiempo del que hubiéramos querido, nuestros estudios literarios, me ha parecido oportuno someter á vuestro juicio algunas breves consideraciones, acerca de la revolución que en el campo de las letras se viene verificando en nuestros días, y que ha dado nacimiento á una nueva escuela apellidada, hasta hace poco, realista, y hoy, naturalista. En esta, como en otras ocasiones, no me preciaré de exponer en este lugar ideas nuevas y originales; más modestas mis pretensiones, van encaminadas tan sólo á daros cuenta de mis lecturas favoritas, con el fin de que todos saquemos de ellas el aprovechamiento que nos sea posible. En esto precisamente consiste la ven-

taja de las reuniones como la nuestra; cada uno de los que forman parte de ellas, pueden aprovecharse del estudio y del trabajo de los otros.

Ya en otra vez, y con motivo de un estudio en algo semejante á este humilde ensayo, aunque versaba sobre materias puramente filosóficas, hube de decir que, á mi juicio, la escuela literaria que he mencionado y de la cual voy á tratar, no debía estudiarse aisladamente, porque ella obedece á tendencias más trascendentales, viniendo á ser como el corolario de una filosofía que desdeñando, como superior al alcance de la mente humana, toda investigación acerca de la esencia y el origen de las cosas, se limita al estudio de los fenómenos: Dije también entonces, que á mi modo de ver, no se opera ninguna grande revolución en la esfera del pensamiento, sin que trascienda también al arte, que no es más que la manifestación de concepciones puramente metafísicas, hechas sensibles por medio de signos é imágenes exteriores. Hoy puedo añadir, que esta opinión manifestada entonces sin apoyo de ninguna clase, cuenta en su abono con la autoridad de críticos respetables. Leyendo últimamente algunos de los artículos literarios del crítico contemporáneo español D. M. de la Revilla,

he encontrado las siguientes palabras que me permito copiar, por su perfecta conformidad con los conceptos que he emitido. "Es un hecho indudable, dice este estimable literato, que toda innovación producida en cualquiera de las esferas del pensamiento humano, trasciende inmediatamente á todas las demás. Nunca se ha dado el caso de que una doctrina nueva que aparece en el campo de la filosofía ó de la ciencia, no trascienda al punto á todas las manifestaciones del pensamiento y de la vida, sin duda porque así lo exige el carácter orgánico de la humana naturaleza."

Supuesta esta explicación que he creído conveniente hacer para dar á las personas que me escuchan una idea completa, en cuanto me sea posible, del asunto de que voy á tratar, propóngome en este breve ensayo estudiar el origen, las tendencias y diversas manifestaciones del arte realista, examinar los títulos en que funda sus pretensiones de dominación en el campo de las letras y de las artes, y las mayores ó menores probabilidades de que alcance un triunfo definitivo, sirviéndome, en gran parte, de las doctrinas del crítico que he citado últimamente, y procurando ser breve y conciso, como lo demanda la cortedad del tiempo para no cansar vuestra atención.

I

No es posible, cuando se trata de enseñanzas literarias, echar en olvido la gran transformación que se verificó en la literatura al terminar el primer tercio de este siglo. Todos recuerdan el encarnizado combate que hubo por entonces de trabarse, entre clásicos y románticos. El romanticismo, que no tenía la misma significación en Alemania, que en Francia y en España, acaudillado en la segunda de estas naciones por Víctor Hugo, Dumas, y otros muchos literatos de gran mérito, pretendía hacer una profunda innovación en el arte, sustituyendo á la antigua fórmula de la imitación de la bella naturaleza, la del bello ideal, libre de trabas, de reglas y ligaduras, que en su concepto sólo servían para cortar los vuelos del ingenio y apagar los fuegos de la fantasía. El romanticismo, aunque despojado ya de las exageraciones propias de toda escuela revolucionaria, hubo al fin de triunfar, y por entonces las disquisiciones tuvieron que limitarse á puntos de menos trascendencia. El romanticismo, á su vez, no fué otra cosa, sino el triunfo de las doctrinas espiritualistas é idealistas que dominaban en Filosofía, notablemente exa-

geradas en Alemania, y bastante atenuadas en Francia, merced al eclecticismo de Cousin y otros filósofos de su tiempo, y que vinieron á sustituir al sensualismo moderado de la filosofía francesa del tiempo del primer Imperio.

Así las cosas, y cuando si bien no dejaban de levantarse algunas nubes en el horizonte de la literatura, se gozaba de una calma relativa, han venido en nuestros días á presentarse señales precursoras de nuevas tempestades, apareciendo la escuela literaria, cuyas doctrinas trato de daros á conocer con cuanta claridad me sea posible. El cambio radical que la filosofía positiva trata de realizar en la aplicación de nuestra actividad intelectual, ha debido hacerse sentir, como lo hice notar desde el principio, en todas las manifestaciones de la vida. La escuela filosófica positivista, ha invadido ya los dominios de la estética, y es forzoso que nos detengamos á estudiar el concepto que tiene de lo bello y los cánones y las reglas que prescribe para verle realizado en las obras literarias ó artísticas.

Nótase desde luego, que la influencia de tal escuela, viene haciéndose sentir en las artes. Dejando aparte la música, que por no poder expresar pensamientos, sino sólo afectos y sentimientos, si tiene, por un lado,

una inferioridad relativa, por otro, como lenguaje universal para todos comprensible, está menos sujeta á cambios y revoluciones; y la arquitectura, que habiendo perdido casi por completo la significación simbólica que tuvo en los siglos medios, se ha convertido en nuestros días en un arte más que bello utilitario; nótese en la estatuaria una tendencia muy perceptible á substituir la serena majestad del ideal antiguo, con el movimiento y la vida que acercan, lo más que es posible, las concepciones artísticas á la realidad viviente. La escultura moderna pretende dar vida á la mirada por medio de la pupila, y abandonando el tradicional traje talar, no se desdena de representar á los hombres, cuya memoria perpetúa, con los trajes modernos y en las actitudes más comunes, haciendo del parecido y del estudio del natural, el objeto de todos sus conatos y el punto más alto á que pueden llegar sus aspiraciones.

Lo mismo acontece con la pintura. Los cuadros llamados de costumbres, las reproducciones de las escenas más comunes, copiadas, es cierto, con sorprendente verdad, han venido á substituir á las altas concepciones artísticas de los grandes maestros de la época del Renacimiento, al idealismo místico de los pintores de la antigua escue-

la española, y hasta á los épicos cuadros de la pintura histórica. Ultimamente he leído un estudio crítico de los grandes pintores contemporáneos, y me parece, á lo que recuerdo, que lo que acabo de decir está de conformidad con los juicios en él emitidos. La pintura, quizá la más idealista entre las bellas artes, la que más se ha acercado á la celestial belleza en las vírgenes de Rafael y de Murillo, la que contando con mayores elementos que la arquitectura, la música y la estatuaria, sus hermanas, ha tenido á su disposición la forma, el colorido, los horizontes aéreos y los reflejos del cielo para bañar sus figuras de purísima luz y suaves resplandores, reniega también en nuestros días de sus antiguos ideales, y todo lo sacrifica á la verdad de la expresión, la exactitud del colorido y la realidad del conjunto.

Natural era, pues, que la poesía, comprendiendo bajo esta denominación general todas las obras de pura imaginación, siguiese la misma corriente, y buscase las mismas fuentes para inspirarse en ellas: lo existente, lo real, apenas si levemente modificado por aquel sello de originalidad que el carácter propio y personal de su autor tiene que dejar impreso en todas sus obras. ¡Cosa rara! El naturalismo en literatura, que

es una de las más radicales revoluciones que hasta hoy se han verificado en el campo de las letras, viene á coincidir con la antigua escuela clásica en este punto: en que á semejanza de ésta, busca su inspiración en la imitación de la naturaleza aunque el naturalismo exagera este principio, conviniendo, al mismo tiempo, con la escuela romántica, en cuanto á la emancipación de toda regla, y á no tomar para nada en cuenta los antiguos modelos.

Resulta de aquí: que la escuela realista pudiera hallarse en lo cierto si sus doctrinas se ciñesen á corregir lo que han tenido de excesivo y exagerado las escuelas que la han precedido; pero siendo, como es, una escuela revolucionaria, y por lo mismo, exclusivista, ha incurrido á su vez, en mayores y más lamentables exageraciones.

En efecto, si después de haber estudiado su origen y sus tendencias, nos detenemos á examinar lo que pudiéramos llamar los cánones que constituyen su doctrina, los encontraremos compendiados por el crítico á quien antes me he referido, en estos dos preceptos fundamentales: 1º que el artista se ciña siempre á la imitación exacta y fidelísima de la naturaleza, buscando en ella constantemente sus modelos, y no introduciendo alteración alguna por mínima que

sea; y 2º que el artista conserve su personalidad original, esto es, la independencia de sus impresiones y de sus juicios, y procure manifestarlos libremente en sus obras, sin someterse á pauta alguna ni á modelo consagrado por la tradición ó la autoridad, ni tener otro maestro que la realidad, ni otra guía que su personal inspiración.

De esta manera, como he observado anteriormente, la escuela realista exagera los dos principios en que descansaban las doctrinas de las dos escuelas sus predecesoras, y tiene que caer, mientras no modere lo que hay de excesivo en sus principios, en lamentables y funestos extravíos.

Que la naturaleza sea en sí misma bella, y que el placer artístico que nace de la contemplación de sus obras, sea uno de los más vivos afectos que puede experimentar el alma humana, es una verdad que nadie, hasta ahora, ha puesto en duda; que la realidad de la vida, que el movimiento y la expresión de los seres vivientes, hasta en sus más pequeños pormenores, sea una de las fuentes de donde brota el placer estético, es cosa cierta y reconocida por todos, que la reproducción fiel, aun de las escenas más comunes de la vida, tenga su mérito y su poesía; que nos encanta cuando contemplamos los cuadros que ella inspira al pintor, ó las

descripciones que de ellas hace el poeta, es igualmente una cosa que yo no me atrevería á negar; pero en mi humilde juicio, la literatura realista olvida que en la naturaleza lo que agrada, lo que nos encanta, causando la suspensión de los sentidos y el arrobamiento del alma, es el conjunto y no cada uno de los pormenores aisladamente considerados. Del orden que admiramos en el mundo físico y del no menos admirable que reina en el mundo moral, resultan, como ha dicho no se qué filósofo, innumerables antinomias, que separadamente consideradas, nos harían ver el desconcierto y el desorden, allí donde reina la armonía más asombrosa.

Lo mismo debe decirse del mundo moral, donde los vicios y el mal, son como las sombras que hacen resaltar, formando con ella contraste, la hermosura del sacrificio, la belleza de los grandes caracteres y los encantos de la virtud. Hay entre los literatos, quienes tomando como lema aquella conocida fórmula «el arte por el arte,» despojando á éste de toda finalidad, sostienen que lo feo en la naturaleza, y el vicio y la maldad en la vida humana, cuando son artísticamente expresados ó descritos, pueden producir la emoción estética. A mí me parece más que discutible esta opinión; pero

sea de ello lo que fuere, lo cierto es que nunca se podrá considerar, ni lo feo ni lo malo como elementos exclusivos en la concepción artística.

Ahora bien, la escuela naturalista peca, y peca gravemente contra las reglas del buen gusto, cuando no solamente emplea lo bajo y lo vulgar, como elemento estético, sino que de intento procura hacerlo resaltar en sus creaciones artísticas ó literarias, sin cuidarse de otra cosa sino de la exacta y fidelísima imitación de la realidad.

De aquí procede que en las obras literarias de esta escuela, desprovista de toda idealidad, se dé tan escasa importancia al desenvolvimiento de la acción, al interés dramático, á la pintura de los caracteres y á la grandiosidad del desenlace. Las novelas realistas, aun las mejores, y aun aquellas cuyos autores no han caído en las lamentables exageraciones de Zola, son más bien cuadros destacados de la vida humana, trozos mutilados, pudiéramos decir así, de bellísimas estatuas, que sinos sorprenden, por la fiel imitación y el asombroso parecido, no nos permiten entrever nada que esté más allá de la triste y amarga realidad. La única novela de Zola que he leído, no es más que una série de fotografías, copiadas con una fidelidad desesperante de los más

repugnantes caracteres, y de los excesos más asquerosamente sensuales. Aquella muerte de Nana, la protagonista de la obra, cuyo cuerpo se convierte en objeto de asco y de horror, después de haber sido tan codiciado como objeto de placer; la muerte de aquella mujer miserable y doblemente desgraciada, como mujer y como madre, produce en el ánimo del lector un sentimiento tan amargo, tan frío, tan repulsivo, que dista mucho en mi concepto, de los que todos conocemos con el nombre de emoción estética.

Podría decirse que la emoción del artista al crear su obra, que el sello de su personalidad que en ella imprime, sin sujeción alguna y dejándose llevar por el ardor de su fantasía; en una palabra, que aquel elemento indispensable que entra en todas las creaciones de la mente humana, puede suplir, á lo menos en parte, la falta de ideal, ó hacer sus veces, puesto que no es posible concebir una idea cualquiera en la que no entre por mucho el elemento psicológico, del cual no se puede prescindir completamente. Podría añadirse que esta escuela no ha hecho otra cosa sino sustituir al bello ideal, vago, convencional, consagrado por los homenajes que todos le tributan, sin conocerle ni poderle definir claramente, la belleza

ideal que resulta de la contemplación apasionada de la realidad.

Hay algo de verdadero en esta observación. En efecto, por más que el hombre quiera fijar sus miradas únicamente en la tierra é impedir que sus ojos se vuelvan al cielo; por más que quiera persuadirse de que aquí y solo aquí, tendrán su plena realización las esperanzas que abriga su alma y los destinos á que ha sido llamado; por más que se empeñe en no ver mas que los objetos que caen bajo el dominio de sus sentidos; siempre encontrará allá en el fondo de su corazón, deseos que no podrá calmar, aspiraciones que no podrá satisfacer, temores y esperanzas que le agitarán siempre y que no tendrá nunca una explicación satisfactoria en el mundo exterior. En una palabra, por más que quiera reducirlo todo á sensaciones, se encontrará siempre con fenómenos psicológicos, que serán para él, motivos de constante agitación.

Así es que lo que algunos llaman la emoción artística, el amor del artista á su obra, elemento que la escuela realista se ve en la necesidad de admitir, aun cuando cree inspirarse sólo en la realidad, no es, á mi juicio, otra cosa sino lo que hay de ideal, de vago é indefinido en toda obra del arte, y que constituye el fondo de su suprema be-

lleza. En el arte, como en la naturaleza toda, lo hermoso, lo que cautiva nuestra mente y arrebató nuestra admiración no es lo que vemos, lo que hiere inmediatamente nuestros sentidos, sino lo que, escapando á nuestras miradas, se revela á la mente en los celestiales rostros de las vírgenes de Rafael, en las vaporosas nubes de un cuadro de Murillo, en las hercúleas formas del Laoconte expirante; bajo las grandiosas y sublimes imágenes del lenguaje bíblico, ó en las candentes palabras, grabadas como en trozos de granito por un cincel de acero, en los tercetos del Dante.

La falta, pues, de la escuela realista, no consiste en haber prescindido del elemento psicológico, que esto le fuera de todo punto imposible, sino en haberle relegado allá al último término; así como la falta de la escuela romántica consistió en haberle concedido un lugar superior al que le correspondía, procediendo, aunque en contrario sentido, con igual exclusivismo, y la misma exageración.

Esto explica por qué dentro de la misma escuela realista, se notan diferentes matices, desde las novelas de Pérez Galdós y Ortega y Munilla, que son realistas, y se leen con grandísimo placer, hasta las novelas de Zola, cuya lectura, sólo como moti-

vo de estudio, que no de pasatiempo y de grato recreo, se puede soportar. Y esto explica también por qué, no encontrándose bastante expresiva la denominación de *realista* que se había dado á esta escuela, se ha inventado la de *naturalista* para distinguir á los escritores notoriamente exagerados y exclusivos. Entre el realismo y el naturalismo, dice el Sr. Revilla, no hay verdadera diferencia de principios, como su mismo nombre lo indica, pues realidad y naturaleza son términos idénticos. El naturalismo, tal como lo formula en pintura la llamada escuela *impresionista* y tal como lo mantiene en la novela la escuela de que Zola se reputa jefe, no es otra cosa sino la demagogia del realismo.

II.

Tiempo es ya de poner término á este imperfecto estudio, deduciendo de él las consecuencias que se derivan de las observaciones hechas. Si en lo que brevemente he dicho, hay verdad y exactitud, me parece que de ello podemos sacar algunas enseñanzas provechosas. Primero y ante todo, conviene tener presente, que las doctrinas filosóficas, trascendiendo á las esferas del

arte y de la literatura, tienen una importancia mayor que la que ordinariamente se les atribuye. Por más que se diga, no es posible quitar á la filosofía el carácter de universalidad y de soberanía que la distingue, puesto que en ella se resumen y condensan todas las nociones, todas las ideas, todas las aspiraciones del hombre, para darle la solución definitiva del triple problema de su origen, de su fin y de sus destinos. La filosofía sensualista ha debido producir, y de hecho ha producido, la novela sensual y licenciosa de siglo XVIII; la filosofía espiritualista é idealista dió origen, en gran parte, á la literatura romántica de hace más de cuarenta años; por último, la filosofía positivista, formándose una estética particular, ha dado nacimiento á la escuela literaria de nuestros días, que se denomina realista, y que por haber dado mayor exageración á sus principios ha recibido el nombre de naturalista.

La segunda consecuencia que á mi juicio podemos deducir, es que en literatura, como en filosofía, como en política, toda exageración es censurable, por cuanto, fundándose en un exclusivismo inaceptable, prescinde de una parte de la verdad, echando en olvido alguno de los elementos que entran necesariamente en la solución de los

problemas filosóficos ó sociales, si de filosofía ó de política se trata; y desconociendo el carácter complejo de la naturaleza del hombre, si se trata de artes ó de literatura, que no son mas que manifestaciones diversas, pero siempre fieles y espontáneas, de los pensamientos y de los sentimientos que agitan al alma humana.

Debemos, por lo mismo, reconocer y confesar, que así como la filosofía positivista puede prestar y ha prestado ya grandes servicios á la ciencia, mientras se ha limitado á establecer la supremacía de la experiencia sobre las demostraciones *á priori*, en las ciencias naturales, pero que puede extraviarse y se ha extraviado ya cuando ha querido excluir del campo de la ciencia todo lo que no está sujeto á la apreciación sensible, extinguiendo, aunque no lo quiera ni lo pretenda, toda fe y toda esperanza; del mismo modo la escuela literaria realista tiene mucho de útil y de bello, si se limita á preferir la realidad y la observación á los extravíos de la imaginación y á la reproducción de ideales que pasaron para no volver; pero que ejercerá una influencia nociva, y acabará por matar el arte mismo, si so pretexto de reproducir la realidad, se empeña en pintar los tipos más vulgares y los más bajos caracteres, quedando satisfecha su

ambición con haber copiado servilmente las escenas que describe.

Podemos ahora preguntarnos, ¿cuál de estos dos caminos seguirán la filosofía y la literatura á que estas observaciones se refieren? ¿Moderarán ambas sus excesos, corregirán sus estravíos, y volverán al punto de donde partieron, fecundadas con algunas ideas nuevas, y enriquecidas con los resultados de la observación y de la experiencia, ó bien aquella, la filosofía, vendrá á resolverse en el materialismo científico que se ha apoderado ya de más de uno de los ingenios superiores de nuestros días, y la segunda, la literatura, renunciando á los legítimos y elevados títulos que tiene al respeto y amor de los hombres, vendrá á verse reducida, como algunos lo desean, á reproducir las más repugnantes escenas, sirviendo de combustible para encender las pasiones y de incentivo á los placeres sensuales?

No es posible augurarlo. De mí sé decir, que tengo bastante fe en los sentimientos naturales del hombre, en la eficacia de aquellas doctrinas salvadoras, que satisfaciendo las necesidades permanentes del alma humana, le marcan inflexibles el camino del deber, alimentando sus más gratas esperanzas, así como en los destinos gloriosos

de la literatura y de las bellas artes, para poder persuadirme de que lleguen alguna vez á cegarse para siempre los puros y divinos manantiales de donde nace la emoción estética.

Recuerdo, con este motivo, las siguientes palabras de un filósofo idealista, que contienen la fórmula de la escuela romántica, de la cual todos, en nuestros primeros años, hemos sido más ó menos apasionados, y de la que no nos hemos separado sin pesar: "La contemplación de lo infinito, dice Schlegel, ha revelado la nada de lo que tiene límites: la poesía de los antiguos era la del goce; la nuestra es la del deseo; la poesía de los antiguos se establecía en lo pasado, la nuestra fluctúa entre los recuerdos del pasado, y las esperanzas del porvenir."

